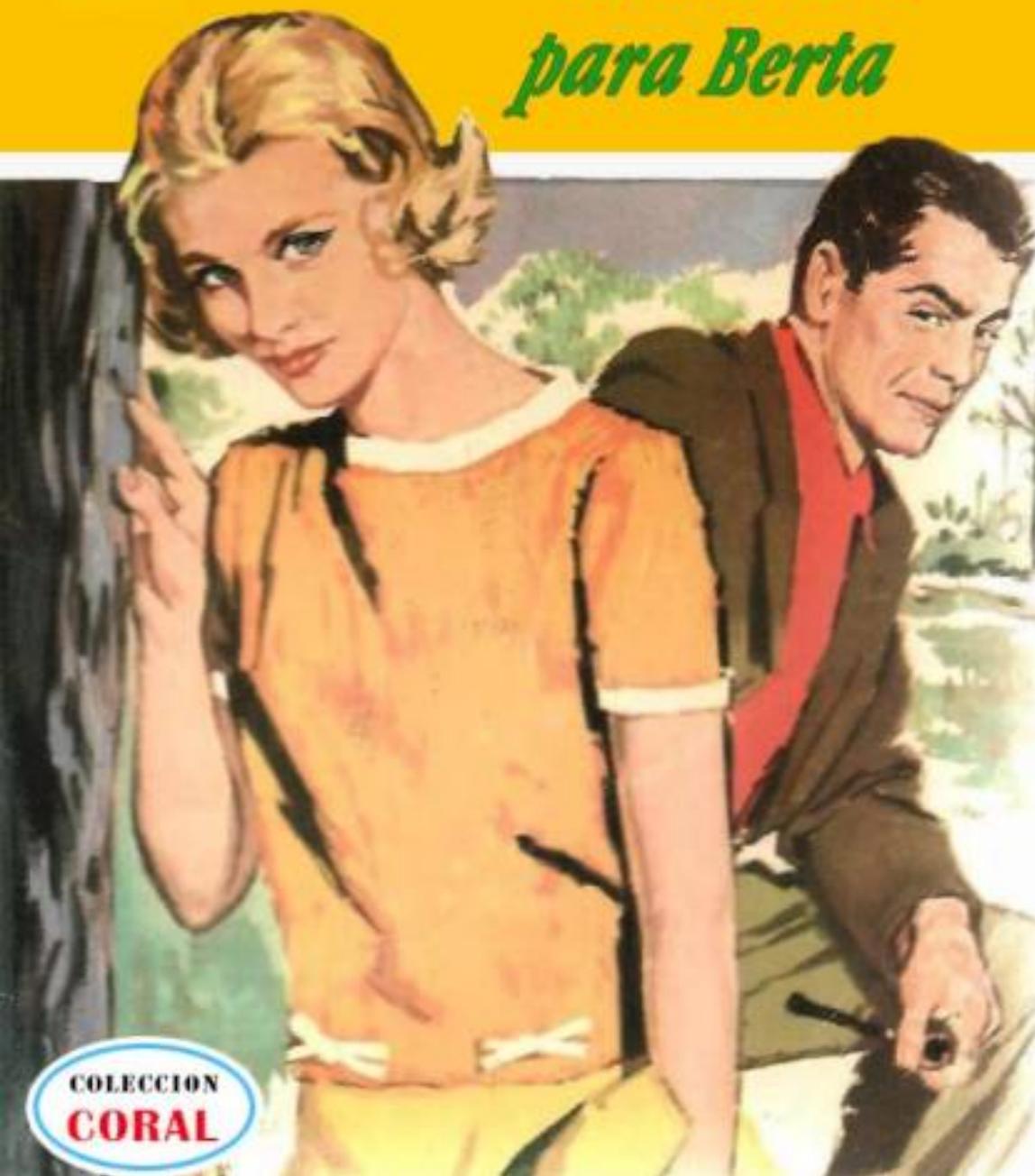


Corín Tellado

*Un marido
para Berta*



COLECCION
CORAL

Pero ya tiene veintitrés años.

—Julio, por el cariño de Dios, hijo mío, hoy en día una muchacha, a los veintitrés años, es una jovencita.

—Te digo, madre.

—Y yo te digo, hijo, que Berta no es una solterona.

Julio Torralba descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa y vociferó con voz espasmódica:

—A este paso lo será muy próximamente, y yo te digo que no quiero tener una hija solterona. ¡Mi única hija! Por mil demonios que no.

Dora Aguirre, viuda de Torralba, no pareció inmutarse. Era una mujer de más de setenta y cinco años, pero se mantenía erguida y estable, y su blanca y venerable cabeza se alzaba con arrogancia.

Capítulo 1

Pero ya tiene veintitrés años.

—Julio, por el amor de Dios, hijo mío, hoy en día una muchacha, a los veintitrés años, es una jovencita.

—Te digo, madre.

—Y yo te digo, hijo, que Berta no es una solterona.

Julio Torralba descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa y vociferó con voz espasmódica:

—A este paso lo será muy pronto, y yo te digo que no quiero tener una hija solterona. ¡Mi única hija! Por mil demonios que no.

Dora Aguirre, viuda de Torralba, no pareció inmutarse. Era una mujer de más de setenta y cinco años, pero se mantenía erguida y firme, y su blanca y venerable cabeza se alzaba con arrogancia.

—Siéntate, Julio, y hablemos de esto con calma. Cierto es que todas sus amigas se han casado, cierto asimismo que en este pueblo quedar soltera es una humillación; cierto también que Berta no parece muy dispuesta a pescar novio. Pero no hay que tomarlo por la tremenda. Tiene tiempo, no resulta nada fea, y es, a la vez, una chica de posición, lo que indica que terminará casándose. ¿Cuándo has visto tú que una muchacha con una dote espléndida se quede para vestir santos...?

—De todos modos yo te digo...

—No me digas nada. Ten un poco de calma.

—¿Calma? ¿Me pides calma cuando estoy al cabo de mis tuerzas? Desde que Berta dejó el colegio madrileño y se enterró aquí, estoy luchando con el casorio. Has de saber que me gasté mis buenas pesetas por educar a Berta, y esperaba que esta se casara con un hombre rico. Pero ya no me importa que sea rico o pobre. Lo que deseo es que se case...

—Siéntate frente a mí, Julio, y tratemos este asunto con calma. Hazme caso. No tomes tan a pecho algo que carece de importancia, a mí entender.

Julio lo hizo. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años. Fuerte, arrogante aún y gallardo. Poseía una fábrica de embutidos, dos tiendas del mismo ramo, y la casa más hermosa del pueblo era la suya. Tenía además una hija llamada Berta, y esta era, a no dudar, la gran pesadilla del comerciante. Él era un tipo apasionado, luchador, hasta el extremo de haber hecho de un cuchitril con pretensiones de fábrica de embutidos, una auténtica fortuna. Claro que le tocaron los tiempos fructíferos de la contienda, y vendió chorizos de perro por auténticos chorizos de cerdo. Esto lo consideraba Julio Torralba como una hazaña de suprema inteligencia, olvidando, al parecer, que no es preciso guerra para que hoy en día lo hagan muchos choriceros. Pero esto no viene al caso. Julio Torralba era un tipo listo, y el hecho de que su hija fuera o pareciera... todo lo contrario, le sacaba de quicio dos o tres veces al día.

—Para mí no carece de importancia —bramó—. Nunca ha tenido novio. Nunca la vi pasear con un hombre... ¿No es esto humillante?

—¿Y por qué ha de serlo? Berta no es una chica apasionada. Se pasa muy bien sin novio.

—Eso es lo que me desquicia —exclamó el fabricante con desesperación—. ¿Sabes tú los comentarios que hay respecto a eso?

—Ninguno. Son figuraciones tuyas.

—Maldita sea; nada. ¿Es que te has entontecido de repente?

—Más respeto, Julio.

—Perdona —y pasó su mano por la frente con agitación—. Estoy acabando, ¿sabes? No era mi intención ofenderte. Pero es que...

—Sí, sí; ya sé lo que te ocurre. ¿Quieres que hable con Berta?

—¡Bah! Ya lo hice yo miles de veces. Se limita a sonreír y dice, con esa vocecilla educada que no soporto, que tiene tiempo. ¿Sabes lo que te digo? Nunca debí educarla de ese modo. Fue la única chica del pueblo que se educó fuera de aquí. Y las demás se casaron, y ella, que es una señorita, ahí la tienes...

—Yo hablaré con ella. Nunca lo hice al respecto, pero deseo conocer su parecer.

—Te diré lo que a mí.

—Ya lo veremos.

* * *

—Hola, niña. Buenos días.

—Buenos días, abuelita. Tenemos un día pésimo, ¿eh?

—¿Y cuándo hace un buen día en invierno? Mi reuma... Voy a sentarme, querida. ¿Te estorbo?

—En modo alguno.

Berta se acercó a la abuelita y la ayudó a sentarse. Se hallaban en su habitación. Era esta muy bonita y cómoda, y sobre todo muy femenina. Como Berta misma.

—¿Qué hacías? —preguntó la dama.

—Trataba de reconcentrar mi atención en un libro.

—¿Qué lees?

—A Tolstoi. Ana Karenina.

—¡Hum! ¡Qué lectura más difícil! Hay otros libros más fáciles.

—Me gustan estos.

—Ya lo veo —miró a un lado y a otro, como si fuera a abordar un tema y no supiera por dónde empezar—. Se está aquí muy cómoda.

Berta se echó a reír divertida.

—Parece, abuelita, que es la primera vez que vienes a mi alcoba.

—No vengo muchas veces, querida mía. Mis piernas me privan con frecuencia.

—¿Qué vas a decirme, abuelita? —preguntó la joven de pronto.

La anciana agitó su bastón.

—¿Cómo? ¿Es que iba a decirte algo?

—Por eso has venido, ¿no?

—¡Oh! —y se quedó con la boca abierta, reaccionando al pronto—. Claro que no.

—¿Te ayudo?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Te pregunto si te ayudo a abordar el tema.

—Pero, Berta...

Y la miraba suspensa. Era una linda joven, de esbelto talle, caderas redondeadas y finas piernas, duras, de deportista. Era morena, y su negro pelo de breve ondulación, estaba muy corto y ahuecado en lo alto de la cabeza, muy a la moda de las estampas de las revistas que ella veía por doquier. Tenía los ojos raros, un poco oblicuos y de un color indefinido. Tan pronto eran verdes, como grises, como azules. Cambiaban según el estado de ánimo de su dueña. Doña Dora nunca había sabido definir el color exacto. Su boca era más bien grande y los dientes muy blancos, pero un poco salientes, lo que daba a su cara un nuevo y casi agresivo encanto. Vestía bien y con gusto, y sus ropas tenían el sello de la ciudad.

—¿Cuántas veces has hecho mi examen físico? —preguntó de pronto la joven.

Doña Dora parpadeó.

—Eres muy bonita —dijo por toda respuesta.

—¿Te has enterado ahora?

—Ya hace mucho tiempo. Pero cuanto más te miro... Ya sabes.

—Claro que sé. Bien, abuelita. ¿De qué se trata esta vez? Recuerdo —añadió cariñosamente irónica— que la última vez que subiste a mi alcoba fue para decirme que hacía muy mal rechazando la invitación de la junta del casino.

—Y, pese a mi sermón, no fuiste —reprochó la anciana.

—Detesto esa clase de fiestas.

—Esto no es Madrid, Berta.

—Sé muy bien dónde vivo.

—Pero, querida...

—Aquello ya pasó, abuelita. Dime de qué se trata ahora.

—Pero si no se trata de nada determinado...

Y es que no se atrevía a abordar aquel tema. Tenía Berta un aplomo y hablaba tan claro y tan bien, y era su mirada tan resuelta y firme, que le producía un poco de miedo turbar la indiferencia juvenil. Además, y esto era lo peor, Berta no se alteraba jamás, pero empezaba a hablar, y sus frases eran justas, razonadoras, y ella tenía que ir con la negativa a su hijo, y Julio empezaba a dar puñetazos alarmantes sobre la mesa.

—Venía a ver simplemente —dijo— y ya me voy pues Eladia, la cocinera, me está esperando para disponer la comida.

—Trabajas demasiado, abuelita.

—Si dejara de ocuparme en algo, me moriría.

La nieta la besó, y doña Dora se alejó muy despacito apoyada en su bastón de ébano.

* * *

—Hoy está usted en contra de la suerte —apuntó Joaquín Salazar moviendo las cartas.

—Pues sí —tronó don Julio, bufando—. Si fuera un perro, diría que estoy que muerdo.

Joaquín sonrió. Era su sonrisa una simple mueca indefinible. Las sonrisas de Joaquín no eran como las de todo el mundo. Eran muecas que nacían en los oscuros y quietos ojos y bajaban indiferentemente hasta la boca. Ya no era un niño. Tenía treinta y cuatro años, y hacía más de siete que trabajaba de químico en la fábrica de embutidos de Julio Torralba. Se conocían de siempre. El padre de Joaquín había sido, en un tiempo ya muy lejano, socio de Julio. Más tarde, cuando el señor Salazar falleció, la viuda solicitó su parte para dar carrera a su hijo, y cuando este hubo poseído el título, don Julio le pidió que se ocupara de la dirección de la fábrica y de todo lo demás. Joaquín deseaba trabajar en una ciudad importante, pero su madre le pidió que se quedara con ella en el pueblo, y como el sueldo era espléndido, Joaquín se quedó. Y allí estaba, trabajando todo el día y jugando la partida por las noches con su jefe, oyendo los improperios de don Julio, y a veces, sus lamentaciones. Muchas noches él pasaba por el chalet de su jefe y jugaban la partida en el saloncito acogedor, donde la anciana abuela los contemplaba, y Berta leía, indiferente a todo lo que ocurría en torno.

—¿Le ocurre algo grave?

—¿Grave...? Ejem..., lo de siempre.

Joaquín ignoraba qué era lo que agitaba a su jefe «siempre». Y se quedó con las cartas en la mano, mirando a don Julio interrogante. Este rezongó entre dientes:

—Bueno, ya sé que nunca te hablé de esto... Pero es que si hoy no hablo en voz alta, voy a reventar. —Y de pronto se quedó mirando a Joaquín, como si lo viera en aquel instante por primera vez—. Oye... ¿Tú por qué no te casas?

El químico se sobresaltó. Que su madre y la de Julio fueran muy amigas pese a la diferencia de edad... Que él estimara a don Julio y... Bueno, y aquello, era una cosa. Y que don Julio hiciera preguntas impertinentes era otra cosa muy distinta.

—Di, hombre: ¿por qué no te casas? Tu posición es desahogada. Tienes una carrera brillante, y tu madre no va a vivir siempre.

—Mire, don Julio...

Este hizo un gesto con la mano y dejó las cartas a un lado, lo cual hizo temblar a Joaquín, porque intuyó que su jefe deseaba hablar más del asunto, y a él, francamente, le fastidiaba que nadie, ni siquiera don Julio, a quien estimaba de veras, se inmiscuyera en sus intimidades.

—Nunca pensé en ello hasta este instante, diantre —exclamó satisfecho, al pensar de pronto, al fin—. Y es muy interesante.

Cruzó los brazos sobre el tablero de la mesa y se quedó mirando a Joaquín en espera de una respuesta. El químico dijo evasivo:

—No tengo madera de casado.

—Ta, ta, eso lo dicen todos los hombres, pero al fin se casan.

—Pues yo, posiblemente, no lo haga nunca.

—Muchacho, cometes un error, un tremendo error. ¿Sabes lo que estoy pensando? ¿Y sabes, asimismo, por qué estoy que muerdo? Pues porque Berta no acaba de pensar en el matrimonio.

Fue entonces cuando Joaquín parpadeó. Sus inmóviles ojos se agitaron dentro de las órbitas, y su flaco cuerpo tuvo una imperceptible sacudida.

Era moreno y tenía los ojos azules, de quieta expresión. Una boca suave que parecía besar continuamente y que gustaba mucho a las chicas solteras del pueblo. Pero Joaquín, al parecer, no reparaba en ninguna. Su cuerpo era muy delgado y alto, y a veces daba la impresión de que de

un momento a otro iba a romperse. Pero no se rompía, no había cuidado. Joaquín era un hombre de mucho nervio, y de mucha vida interior, muy distinta a la superficial que todos veían.

—Berta necesita casarse —siguió don Julio, sin reparar en lo que ocurría en el rostro de Joaquín—. Ya tiene veintitrés años. Hace cinco que dejó el pensionado y desde entonces estoy esperando todos los días que me diga que tiene novio, y nada.

—Tiene tiempo —dijo Joaquín a lo simple.

Del puñetazo que don Julio propinó a la mesa, todos los del salón volvieron la cabeza. Al ver que se trataba de don Julio, todos volvieron a sus juegos y copas. Estaban habituados a los enojos del caballero cuando este perdía.

—Te digo que eso no es una razón —bramó—. ¿Y sabes lo que pienso? Que sería bueno que tú te casaras con ella. ¿Qué te parece?

El parpadeo de Joaquín fue rapidísimo.

—Hecho —exclamó el fabricante—. Esta misma noche le diré a Berta que me pediste su mano.

—No, eso no —saltó Joaquín al fin—. Yo... Bueno, yo...

—¿Es que no la quieres?

—Es que ella no me quiere a mí. Y además...

Don Julio se levantó con violencia y exclamó:

—Está bien. Pues te aseguro que Berta tiene que casarse. Y se casará. Ya le buscaré un novio si es que ella no lo hace por sí misma.

Y se marchó. Joaquín se le quedó mirando con expresión ausente.

Capítulo 2

Séntate, Berta.

—Papá...

—Siéntate.

—Es que iba a misa.

—Luego.

—Si no hay más que una los días laborables...

—Pues reza el rosario en casa.

La joven se impacientó.

—Papá, por favor...

—He dicho que te sientes.

—¿No puedes decirme lo que sea cuando regrese de misa?

—No. Ha de ser ahora para que le pidas un novio ese santo que os escucha de vez en cuando. ¿Cómo se llama el santo?

—San Antonio —dijo Berta con mucha calma.

—Pues ve pidiéndole un novio. Es... humillante que los veintitrés años sigas soltera.

—¿Otra vez, papá?

—Y siempre, hasta que te vea salir del altar del brazo de tu marido.

—Te dije muchas veces, papá.

—No sé lo que me has dicho ni me importa. Pero si tú no tratas de buscar un marido, yo te lo buscaré.

—¡Papá!

—Ya lo sabes. Y ahora ve a misa. En cuanto regreses, vuelve por aquí.

—¡Ay, papá! ¡Qué pesado te pones con eso del novio...!

—Marido, ¿te enteras? Es marido lo que yo deseo para ti. Hala, vete y vuelve tan pronto termine la misa.

Berta salió a paso ligero, y atravesó la plaza que se extendía ante su chalecito. Eran las ocho de la mañana y hacía un frío imponente. Levantó el cuello del abrigo y pisó con rabia el asfalto. ¡Qué manía le entraba a su padre! Ella no tenía prisa por casarse. Casarse por tener marido ni pensarlo. Tenía que amar mucho y... Bueno, de aquello era mejor no hablar.

—Buenos días, Berta.

Se detuvo y miró con rapidez.

—¡Ah! Buenos días.

—¿A misa?

—Sí.

—Yo voy para el trabajo. Hace un día infernal.

—Sí.

Caminaban al paso. Berta era una buena moza, pero Joaquín le llevaba la cabeza.

—Te aburres mucho, ¿verdad? —preguntó él de pronto.

—¡Bah! Como todos los inviernos.

—A mí me aburren los veraneantes. Tanta gente veraneando en un pueblo pequeño, llega uno a pensar que no le pertenece.

Llegaban junto a la iglesia. Ella no lo miraba de frente. Hacía mucho tiempo, ¿cuánto?, cinco años exactamente, que no lo miraba de frente.

—Hasta otro momento, Joaquín —dijo. Y se adentró en la iglesia.

Joaquín quedóse allí como ausente. Después, muy poco a poco, empujó la cuesta, la bajó y minutos después entraba en el muelle junto a la fábrica de embutidos y harinas.

Don Julio llegaba en su «Ford» color azul desvaído. ¿Cuánto tiempo tendría aquel coche? Casi tanto como don

Julio. Y Joaquín se preguntaba muchas veces cómo don Julio no se compraría un coche nuevo y tiraba aquel trasto al mar.

—Hola, muchacho. Ven a mi despacho.

Joaquín lo siguió en silencio. Este no era un hombre hablador, trabajaba mucho y se entregaba de lleno a su ocupación. Las chicas casaderas que suspiraban por un novio (a excepción de Berta, claro) decían de él: «Es un pavo. No le gustan las mujeres». Se equivocaban. A Joaquín le gustaban las mujeres. Y, si no, que lo dijeran algunas chicas con las que se podía practicar el amor, sin comprometerse...

—Siéntate —invitó don Julio, cuando hubieron entrado los dos dentro del despacho.

Joaquín se sentó.

—Oye, muchacho, ayer dejamos una conversación interrumpida.

—¿Interrumpida? Yo creo, don Julio...

—Fuma. Hemos de hablar con calma.

Y le alargó la pitillera. Joaquín tomó un cigarrillo y lo encendió. Su rostro en aquel instante parecía más inexpresivo que nunca. Y, no obstante, sentía como jamás sintió, excepto cuando...

* * *

—Se trata de mi hija.

—Ya... me lo dijo usted ayer.

—¿Y qué? Sería un matrimonio espléndido. Os conocéis de toda la vida. Tú eres un hombre excelente, mi hija es muy guapa y muy rica...

—No se trata de dinero, don Julio. —Y pensó en lo que diría Berta si supiera que su padre estaba tratando con él su matrimonio, de forma tan poco diplomática.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Pues...

—Mi hija ha de casarse. Y me gustas para yerno.

—Señor, yo...

—¿Cuándo os casáis?

Joaquín se agitó en la silla. Decirle a don Julio lo sucedido no lo creía propio, puesto que a las claras se veía que a ella no le interesaba decirlo. Rechazar a Berta era... Bueno, de eso no pensaba hablar. Aquello había pasado y él no volvería a cometer semejante estupidez.

—Joaquín... ¿Cuándo os casáis?

Se puso en pie. Su rostro parecía de piedra.

—Creo, don Julio, que es Berta, y no usted, quien ha de buscar marido.

—Pero mi hija es tonta. Y yo soy hombre práctico.

—Si Berta no quiere casarse, de poco ha de servirle a usted ser hombre práctico.

—Dios de Dios, muchacho, no acabes con mi paciencia. Tú dices sí o no y de lo demás me encargo yo.

—Don Julio...

—De lo demás me encargo yo —bramó tajante.

—Pues no.

—¿Cómo?

—Que no.

—Pero...

—Lo siento, señor.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo te atreves a decir que no?

—Porque su hija no me quiere.

—¿Y tú a ella?

—¿Yo...?

—Sí, sí. ¿Qué pasa?

Joaquín buscó un lugar donde posar los ojos. No lo encontró. Al fin retrocedió hacia la puerta.

—Espera, condenado. Te estoy preguntando si te...

—Yo tampoco —dijo con súbita fiereza.

—¡Ah!

—Y perdone usted.

El fabricante dio un puñetazo sobre la mesa de forma que saltaron la carpeta marrón, el pisapapeles, la pluma y algunos objetos más, que Joaquín recogió con mucha calma.

—De modo que tú no —replicó don Julio como si no lo creyera.

Joaquín asintió con un simple movimiento de cabeza. Y don Julio volvió a aporrear la mesa de tal modo que todo cayó al suelo. Joaquín lo recogió nuevamente y lo puso sobre una silla, interpretando que un nuevo puñetazo de su jefe lo derribaría otra vez, y no estaba dispuesto a volverlo a recoger.

—Siéntate, Joaquín. Hemos de aclarar eso.

El químico no estaba dispuesto a aclarar nada. Y no se sentó.

—Tengo mucho trabajo —arguyó.

—Ahora estás aquí y has de contestar. ¿Por qué tú no?

—¿No puede ser porque su hija no me guste?

—¡Cómo! Berta es una chica guapa.

—No pienso discutirlo.

—Pues si es guapa, joven y rica... ¿Qué pegas le pones?

—Es usted su padre.

—Naturalmente. ¿Y qué tiene eso que ver?

—Pues... ¿Me permite que salga?

—¡No!

—Don Julio, por favor...

—He dicho que no. A mi hija no tiene por qué desdeñarla un pintamonas...

—Oiga...

—Bueno, perdóname si puedes. He dicho...

Joaquín atajó con frialdad:

—Tiene usted razón. Yo soy un pintamonas para ella. Ahí tiene usted el motivo. Soy muy poco para Berta.

—Bueno, bueno —trató de calmarlo—. Lo mejor será que olvides eso. Si yo te considerara poca cosa, no te pedi-